

RESEÑAS

DE LIBROS

SI MADRE DE MI FE MI CIENCIA FUESE

I

Por fuerza o congruencia, las verdaderas teorías del filósofo, ¿no han de ser sus experiencias? Nada expresa mejor los límites de su pensamiento verbalizado que las articulaciones de su biografía. Pero como su vida en verdad y realidad vivida son sus ideas, o toda aquella cauda imperceptible que las rodea —impensadas ocurrencias, intempestivos, vigilantes ensueños—, ¿habremos de contar con que sus sueños son su filosofía, su razón sus fantasmas? Nosotros lo ignoramos, pero quizás él lo sabe mejor que nadie, cuando se pone a escudriñar el paso fugaz de las constelaciones asociadas por su derramado pensamiento; si se deja caer al río, por siempre superficie, de las percepciones soslayables, ¿no se entrega en cuerpo y alma a la cascada del nombre y del acontecimiento, de la actualidad y la palabra? Sabe que no es fácil nombrar y guardar la prosa, casi imposible dar alcance al verbo por fulgurante que sea el pensamiento. ¿No es cierto que quien nombra se expone a dejar entrar en la boca la evasiva mosca de la distracción que todo lo torna fugaz o aun relativo? ¿Será ese tábano de prismática óptica el que prestará elasticidad realísima a la boca nominante? Tal oscilación no dejará de tener efectos al corporificar las denominaciones o al peñar de significación los nombres propios, latentes, de cosas y personas. Despréndese de aquí algo más que una reflexión vagabunda sobre el allende de las costumbres: desentráñase, disfrútase en *Sueños de Occam* una radicalización del hábito o tensión cotidiana que consiste en saberse ante la desbordante presencia de lo-que-está; ante ella,

por ella y de tanto crecer, se desvanece, en el momento mismo de realizarse, la poderosa burbuja del ego, igual que la espuma de los días, las nubes, el relámpago o el agua que pasa. En la cámara lenta de la prosa, cae la pompa hecha pedazos y del modesto pan de los sueños apenas si van quedando migas ¡Bing-Bang! Los devora una crítica radical o, mejor, un arraigarse en la crítica, vale decir en la relativización. Respaldamos, un poco por comodidad, la convención de llamar a estos textos literatura, no porque no lo sean y en alto grado, sino porque ésa es una de las pocas palabras que nos quedan para significar lo experimental allí donde las márgenes del azar son tan amplias, donde la metodología se confunde de modo tan astuto con la exposición que la lengua termina disimulando al mundo: como si nos despertáramos de (nuestros) *Sueños de Occam*; como si nos despertaran ¡por fin! *Sueños de Occam*.

¿Son los *Sueños de Occam* nada más que saludable muestra de *belles-lettres* o de aquel otro género misceláneo que comprende cartas, viñetas, retratos, recomendaciones, pastiches, recetas, cuentos, ensayos, divagaciones, excursos y otros juegos? El método sigue las enredaderas de la "libre" asociación —y van las comillas condicionales para aludir a la plausible orquestación de ese divagar. La voz que escribe en *Sueños de Occam* no canta sus pasos; rinde cuenta de sus paseos. Con ellos ha delimitado un territorio, tallando un mapa sin contentarse con circunvalar espacios; a cada objeto lo envuelve con el enjambre zumbón de su ocurrencia. No hace "ochos" sintácticos; si su andadura puede parecer extravagante, es porque, de asociación en asociación, se da vuelo con sus vuelcos: parece que va a caminar pero brinca, da tres giros en el aire y, cuando ya lo vemos caer, todavía da otra pirueta. Su espíritu no sólo cae en pie siempre, sino que cae como quiere. Poco importan, al parecer, los objetos de su asunto. Se diría que están allí para impedir marchas rectilíneas y propiciar la danza, que no otra cosa es eso de cantar, contar, pesar los pasos. ¿Dónde habrá aprendido a bailar así? Quién sabe, desconozco el lenguaje de la danza. Me limito a asentar que la voz en *Sueños de Occam* se sirve de los más diversos medios para

comunicar, acaso para indicar una distancia, acaso para señalar una dirección —¿la de las fuentes de alimento?—: tan pronto contoneándose, tan pronto sofrenando un trocillo alborotado, verificando en círculos o en media luna su trémula errancia. ¿Cómo pues, dar cuenta de estos *Sueños* que son bailes?

Si de algo, de muy poco serviría traducirlos; deducirlos ya sería infraproductivo; sólo sería maltratarlos frotar la volátil, frágil cáscara de sus imágenes. Más bien habría que desviarse; a semejanza suya, llevar a otro lado, arrancarse de las pegajosas catástrofes cotidianas para mejor entregarse a esa fuga escrita cuyo plan de vuelo es la economía de producir los mayores efectos con el mínimo de movimientos o de retraer, retratar en su expresión mínima las apariencias elementales del vivir para evitar que las relaje la ominosa profusión de la vida.

II

Las muestras reunidas por Alejandro Rossi en *Sueños de Occam* lo son de los gérmenes inasibles de la conducta en la cataclísmica cotidiana. De la sosegada paz civil, de la holganza inevitable de los tiempos muertos entre una y otra productividad, va destejiendo el narrador aquellas pequeñeces vertiginosas que luego alientan con su trifulca las decisiones. ¿Semillas de insidia o discordia, aspavientos en ciernes, actitudes incipientes que el día de mañana redundarán en lucha o guerra, incidentales ademanes del alma observados ahí donde se bifurcan trampa y traición? ¿Lucha libre con el ángel del mal? Decirlo a tal escala, sólo sería empeñarse en matar mosquitos a escopetazos. En *Sueños de Occam*, por más que se mencione esta arma de fuego, no hay explosiones, pero sí mosquitos, enjambres cristalizados de percepciones evagantes o evasivas, actos imponderables que luego moverán al mundo. Y ¿no es cierto que cada acto conmueve el polvo, sobre todo si es involuntario o fallido? Los actos, cuanto más impensados y subrepticios, mejor promueven la confusión, con mayor violencia echan a rodar procesos incalculables cimbrando las piedrecillas que mañana serán peñas que pasado mañana harán de nosotros, al caer, monarcas derrocados de un mundo que se creyó estable. Así lo-

gramos tumbar sobre nosotros la lápida de lo irreversible, así nos prestamos a ser regidos por derroches que no son de Dios ni de los hombres. Abre *Sueños de Occam*, es decir alumbra y desentraña, la ceguera omnisciente de los hábitos a través de un registro tenaz del estropicio rutinario: la maldad de las costumbres, la catalepsia implícita en el abuso de los usos. Razonamiento, razonamiento, recorte de las ceremonias caseras de que cada cual es maestro, tácita invitación a mejorar el pulso y ahorrar la pólvora en las batallas que, a veces sin saber, damos por desenredar la trama celeste. Que no se hable, empero, de desenredos ni desenlaces. Lo que es tangible en *Sueños de Occam* es una recreación experimental, bajo control, del profuso, múltiple flujo mental perdido en el tiempo. De la anatomía de la melancolía queda en *Sueños de Occam* la cibernética residual —embriaguez y diagnóstico— de los humores. Expongámoslo de otro modo: lo incisivo de esta empresa narrativa que de veras nos va produciendo o haciendo aparecer a partir de la comezón de la duda, cosquilla que pica y apremia; lo incisivo

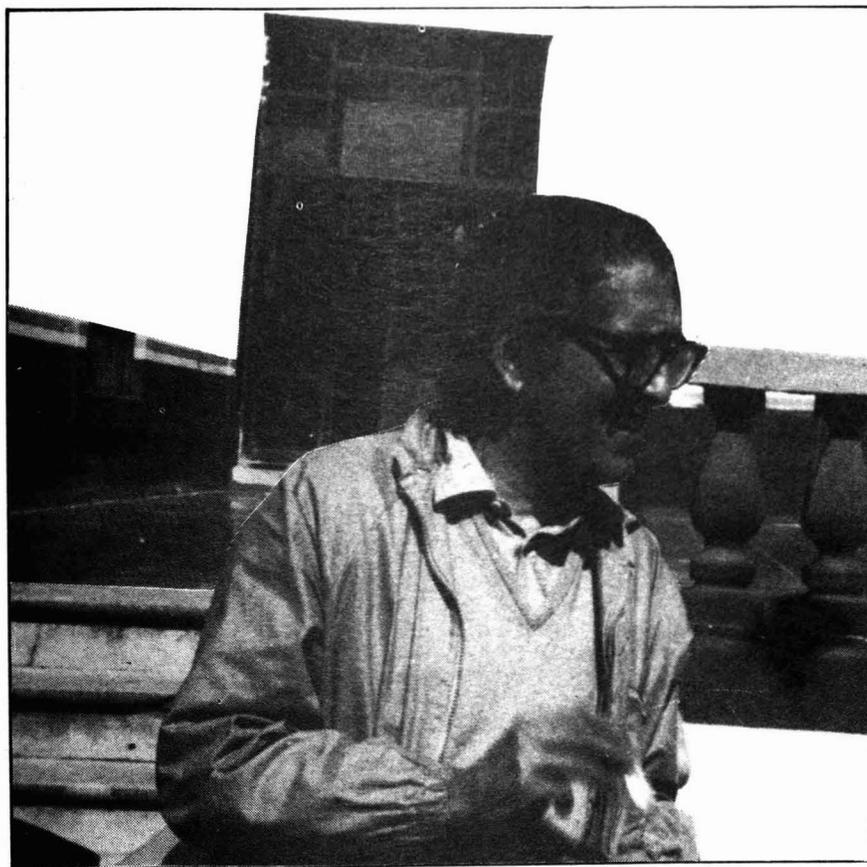
de estos *Sueños de Occam* que abren la herida de estar vivos habrá de revelarse, por un lado, en la manera en que contagian su bacilo a los lectores —¡cuantos no hemos creído comprenderlos cuando sólo dábamos signos de ser presa mordida por su infeccioso proyecto!—; por otro, habrá de revelarse en el diplomático sesgo, doble filo de estas letras manifiesto en la sastrería mental verificada sobre el lector. Hablo de baile, y no lo hay sin pareja. En la danza de *Sueños de Occam* comparece el lector. No es que aparezca de cuerpo entero y de una buena vez. Si bien entra y sale con disimulo, merodea infatigablemente. Lejos está de ser el lector activo en *Sueños de Occam* un seudópodo ornamental conforme con la boga boba de los tiempos. Es el lector agente, fibra orgánica del aparato motor de estas prosas —lo cual vale decir que, prácticamente, nuestro autor escribe leyéndose, transformado sigilosamente en sello original el simulacro, haciendo del reflejo vértebra, eje decisivo en su describir. Pero que el lector está presente en estas escritas cirujías, que estos antifaces urdidos con sintaxis han

sido ensayados ante un espejo anamorfo, entrometido, que va imponiendo sus figuraciones a la maleable humanidad leyente, no es ningún descubrimiento; tampoco lo es la confirmación de que en la comedida gesta de *Sueños de Occam* el lector —el alma, ¿no tiene cara de espejo?— nunca ha sido perdido de vista: cuando mejor creía dominar el animado paisaje de la conciencia fingida en *Sueños de Occam*, ya estaba cayendo en la trampa que lo aguardaba. La suavidad con que el autor lleva a buen término su explosiva empresa es tan admirable como explicable, como si la necesidad hubiese creado el órgano. Todo el mundo está dispuesto a aceptar sin más que están podridas las frutas del árbol del conocimiento; en cambio, a los profesionales del saber ya les resulta menos halagador que un hombre risueño les venga a palpar la cabeza para decirles, con gracia y tino, cuán descompuestas tienen sus partes blandas.

III

“Guía de forasteros” fue el rótulo general que amparó a estos papeles a la hora de su publicación periódica. Se dirá que toda guía lo es de forasteros, que su argumento de fondo es el viaje que sortea las dificultades que nos impiden volver —y ya se sabe que “volver es vivir”—. Volver en nosotros mismos, salir del eclipse nuestro que es el seguimiento de las órbitas ajenas. Para ir, para salir o para volver, la “guía de forasteros” —faro que, al señalarnos el camino, también nos da en la cara y nos retrae— nos va sacudiendo las voces ajenas para restituirnos la silenciosa querencia de los trebejos familiares. No distingue, pues, entre influencias físicas y morales. “La lección de esta pobre obra de barro, limpia y armoniosa, sencilla y genuina, entrará hondamente en nuestro espíritu. Ningún autor podría influir más en nuestro estilo.” La frase es de Azorín pero encuadra bien *Sueños de Occam* pues hace saltar a la vista uno de los rasgos que hacen tan personal la empresa de Alejandro Rossi: el temblor, la emoción, el gustoso riesgo del que atraviesa la poderosa selva de su recámara para salir de la perplejidad en pos de una órbita, de un ritmo cada vez más suyo.

Adolfo Castañón



Alejandro Rossi